

IV.

Hoy que poseemos los documentos relativos al último año del reinado del emperador Maximiliano, vamos á trazar su historia, y á acallar, con la verdad, los comentarios. La disciplina rechaza la sospecha de que el mariscal de Francia haya hecho ejecutar órdenes distintas de las que emanaban del soberano, justamente honrado, como lo fué, con la confianza del emperador hasta el término de la evacuacion, y cuyos actos, durante este último período, han dado lugar á mil apreciaciones diversas. Importa, pues, mucho á la dignidad de nuestro gobierno, demostrar en publicaciones mas serias que las palabras de M. Rouher, que con la esperanza de organizar violentamente un nuevo orden de cosas, y con el objeto de prevenir los profundos desórdenes que iban á suceder á nuestra evacuacion, no habia conspirado en derrocar á Maximiliano, despues de haber conspirado por elevarlo. Pero puesto que ha guardado silencio, vamos á decir la verdad. Este estudio histórico, tiene sobre todo por objeto, precisar y atribuir á cada uno de los actores de este drama sangriento que tiene por título, *Intervencion Francesa*, la parte de responsabilidad que les incumba. La que concierne, finalmente á Maximiliano, y que va á desprenderse de este nuevo exámen de los hechos cumplidos, espli-

cará ante el tribunal de la historia, los errores y las desgracias de este infortunado soberano. En efecto, en presencia de numerosos documentos de una autenticidad incontestable, no puede negarse que desde el principio del reinado imperial, dos puntos principales van á aparecer á través del velo que vamos á desgarrar, que irán aumentando en el horizonte mexicano hasta el desenlace fatal. Por una parte se revelarán la versatilidad, la indecision y la ceguera de Maximiliano, animado, sin embargo, de los sentimientos mas generosos, que sellára voluntariamente con su régia sangre, despues de haber sido sorprendido por el brusco abandono de nuestro gobierno: por otra parte, resaltarán la ruda franqueza, la lealtad y la abnegacion con que el gefe militar francés prestó su cooperacion al segundo emperador de México.

Para comprender bien la marcha de los acontecimientos que han señalado el último período mexicano desde 1866 hasta 1867, interesa dar una rápida ojeada retrospectiva á la conducta política de los gabinetes francés y mexicano.

Desde el dia en que el gobierno francés invitó al archiduque Maximiliano á subir al trono que la famosa *junta* de los notables le habia levantado en México, bajo la ejiada de nuestra bandera, el emperador Napoleon III que se jactaba de haber alcanzado su primer objeto, *la regeneracion de México por la influencia de la raza latina*, desde ese momento juzgó que habia llegado la hora favorable para exigir las satisfacciones debidas á los intereses de nuestros nacionales. En efecto, el tratado de Miramar se concluyó hasta despues de la aceptacion del archiduque, que tuvo lugar el 10 de Abril de 1864. Ese tratado estaba destinado á la vez á arreglar el pasado y á investirnos de las garantías conquistadas por nuestras armas. Por esta convencion, la Francia se habia obligado á mantener en México tropas bajo determinadas condiciones. El nuevo soberano "se comprometia en cambio á pagar los gastos de la ocupacion en los plazos y

términos que allí se indicaron: se comprometia, además, á reembolsarnos los gastos de la expedición, y á indemnizar á los franceses cuyas pérdidas la habian motivado."

Este programa oficial era, pues, bien claro, y no daba lugar á error alguno. Iba á reinar en México y á gobernar con el apoyo de la Francia, y en cambio de esta proteccion prometia satisfacer los compromisos que habia aceptado hácia nuestro país. Por su parte, el emperador Napoleón, por precio de los sacrificios militares pasados y futuros, obtenia el derecho de percibir el reembolso de las indemnizaciones estipuladas por el tratado de Miramar, y provocar en un plazo de tres meses el exámen formal de los créditos de nuestros nacionales, dando en todo una prueba de moderacion. Debía, pues, contar con el concurso del jóven príncipe, cuya ambicion, suscitada y favorecida por nuestras armas, habia soñado y encontrado una corona.

Apesar de la movilidad de su espíritu, Maximiliano poseia un carácter entero. Durante la regencia instituida en México, habia dado ya él mismo, desde su castillo de Miramar, la impulsión que creyó necesaria para preparar su advenimiento al trono.

Apenas habia aceptado de una manera provisoria (3 de Octubre de 1863) cuando tomó realmente posesion de ella, aunque á distancia: desde aquella época envió instrucciones precisas á Almonte, presidente de la regencia; mas tarde aún, despues del tratado de Miramar, nombró á este lugarteniente del imperio, continuó dándole desde léjos sus órdenes, y es preciso reconocer, que desde el principio se revela que sus intenciones si no eran hostiles, sí eran poco cuidadas de los intereses franceses; porque en el intervalo de seis semanas que corrieron entre la aceptacion definitiva de Maximiliano y su desembarco en México, (29 de Mayo de 1864) el marqués de Montholon, ministro de Francia en México, que tenia la mision de urgir al regente para el ar-

reglo de los créditos franceses, se estrelló en esta respuesta evasiva de Almonte: "yo nada puedo hacer: es preciso que tome las órdenes de S. M. que está en Miramar, y que consulte al Sr. Gutierrez Estrada que está en Roma." Era extraño que el gabinete mexicano, que hacia mucho tiempo que tomaba sus inspiraciones en Europa, nada hubiese decidido, ni aun sobre los preliminares, en una cuestion urgente, concienzudamente debatida entre los dos soberanos, y que tenia suspensos muchos intereses!

Apenas el emperador hubo pisado el suelo de su nueva patria, cuando olvidando la gratitud (falta muy frecuentemente reprochada á los príncipes), hizo á un lado á la mayor parte de los personajes del partido llamado conservador ó clerical, que habian ayudado á la intervencion, y se apresuró á organizar un ministerio con elementos hostiles al nombre francés, llamándose partido nacional, persuadido de que se tendria como muy político repudiar desde su origen, á los ojos del pueblo, una comunidad de accion muy íntima con nuestro gobierno. Así es que el partido militante que habia sostenido la campaña, enarbolando el primero la bandera imperial, fué diezmado por eliminaciones casi brutales. El coronel de gendarmería, de la Peña, de Tulancingo, que habia prestado grandes y peligrosos servicios, fué desconocido, lo mismo que los gefes Galvez y Argüelles. Los principales generales fueron casi separados, desterrados á Europa ó desacreditados: hasta se trató del alejamiento del mismo Mejía, que permaneció siendo mas tarde el único amigo fiel en la desgracia. El ejército, las prefecturas y las guardias rurales, se reclutaron entre hombres pérfidos, que en secreto preparaban la defeccion, y desde el principio de las operaciones neutralizaron los esfuerzos de nuestras tropas.

Sin embargo, el general en gefe Bazaine encerrándose estrictamente en su papel militar, no habia perdido el tiempo, y en nada habia disminuido las medidas favorables al

nuevo régimen, cuyo buen éxito había preparado hacia diez meses. Continuando la obra del mariscal Forey, quien desde la entrada á México de nuestros regimientos, había dispuesto la restauracion de la maestranza y de la fundicion de cañones de Chapultepec, Bazaine había dedicado toda su atencion á armar la capital y sus alrededores: había dictado iguales medidas defensivas á las capitales de los Estados del interior, ocupadas por nuestras fuerzas y por tropas mexicanas. A su llegada á la primer ciudad de la República, el ejército francés había encontrado el servicio de la artillería enormemente desorganizado, el material de guerra destruido y fuera de servicio, los almacenes saqueados, la maestranza sin una herramienta, las máquinas en parte desmontadas y en parte entregadas á los particulares en pago de sus créditos contra el gobierno. Los instrumentos de la fundicion habían desaparecido y la capsulería estaba incapaz de trabajar.

Cuatrocientos obreros franceses, en algunos meses, habían reorganizado todos los talleres del Molino del Rey, que se pusieron en actividad, y dieron municiones, armas y material á diversas plazas fuertes, y á las columnas móviles que operaban con el ejército. Durante el invierno de 1863 á 1864 cincuenta piezas de artillería se habían colocado en las fortificaciones de México. Quince mil fusiles, que se habían recogido de todo el territorio sometido, se habían distribuido á las tropas mexicanas, lo mismo que á los centros de las poblaciones que deseaban armarse para defender sus hogares de las bandas de partidarios. Las divisiones de Mejía y Márquez, cuyos cuadros se habían depurado y reforzado, habían emprendido la campaña con soldados bien pagados, uniformados de nuevo y regularmente equipados.

Uno de los primeros actos de Maximiliano fué encargar al general en jefe Bazaine, en quien tenía una plena confianza, que reorganizase el sistema militar, que era urgente

poner de acuerdo con las verdaderas necesidades y los presuntos recursos del imperio. Era esta una tarea difícil que exigía un espíritu de orden y de unidad sostenida, si se quería asegurar un éxito durable. Celoso de corresponder con lealtad al encargo del emperador, el general, el mismo día le hizo conocer las disposiciones militares que iba á tomar para la pacificación del país; pero al mismo tiempo le habló un lenguaje franco y que no debía dejarle duda alguna sobre el verdadero papel de la accion francesa. Muchas ciudades habían suplicado á Maximiliano, por conducto de sus prefectos políticos ó de sus gefes superiores, les concediese el apoyo permanente de las guarniciones francesas. Era un deber precaver con anticipacion al soberano contra semejantes tendencias, que si se alentaban, debían forzosamente aumentar la inercia de las poblaciones y el egoismo local. Confiadas en la seguridad de que disfrutaran á la sombra de nuestra bandera, se habrían habituado á una tutela desastrosa, que hubiera dado por resultado infalible quitar á nuestro ejército diseminado por todos los puntos del territorio los medios de operar en masas compactas y á tiempo oportuno. El único sistema eficaz para levantar y sostener la moral de los habitantes consistía en hacer cruzar el país por columnas móviles que irradiando en todos sentidos apoyándose mutuamente, auxiliaran á los pueblos y á las haciendas, les ministrasen armas y aun les ayudasen á instalar sus medios de defensa. Tal era el plan que proponía el general en jefe en la siguiente carta:

México, 4 de Julio de 1864.

Señor:

“Tengo el honor de informar á V. M., que creo ha llegado el momento de hacer recorrer por columnas móviles el país montañoso, comprendido entre Tulancingo, Zacoaltipan, los

Llanos de Apam, Perote y Jalapa, que al Norte se estiende hasta Huejutla, y al Este hasta Tampico.

“Este territorio, dividido en muchas sierras de un difícil acceso, está poblado de centros muy importantes. Numerosas gavillas infestan la sierra, saquean las poblaciones, estorban las comunicaciones y siembran la inquietud y el desórden en esa parte del país adonde mantienen la anarquía. Mi intencion seria hacer partir de México una columna ligera, francesa, de seiscientos hombres casi, de las tres armas, de Pachuca una segunda columna, menos fuerte, y en fin, de Jalapa, y mas tarde de Perote, una tercera columna de tropas mixtas.

“Estas columnas móviles, atravesando la sierra en todos sentidos, desalojarian á los disidentes, darian á los pueblos tiempo para armarse y organizarse para la defensa y levantarían su moral que tan fácilmente se abate.

“Pero no es posible constituir guarniciones francesas permanentes. Esta es la ocasion de esponer á V. M. la fatal tendencia que tienen todas las poblaciones de no creerse en seguridad sino al abrigo de nuestras bayonetas. Cada vez que nuestras tropas se han presentado en una localidad y han permanecido allí algun tiempo, ya por las necesidades de la guerra, ya para facilitar á sus habitantes los medios de organizar su defensa, ha tenido que luchar con las representaciones incesantes de las autoridades locales que declaraban que la partida de las tropas seria la señal de represalias crueles de parte de los enemigos, que los habitantes no podrian resistir.

“Yo no puedo acceder á estos pedidos porque no es posible diseminar el ejército, quitándole así su principal fuerza, la cohesion, y sobre todo porque me ha parecido indispensable hacer que las poblaciones se habitúen á contar con sus propios medios y no adormecerse en una seguridad ficticia, debida á la presencia de nuestros soldados.

“V. M. ha recibido tambien numerosas súplicas con igual objeto. Los prefectos políticos, los mismos comandantes superiores han representado al emperador la necesidad de hacer tal ó cual operacion militar en el radio de su accion, no viendo así cada uno sino la porcion de territorio que tiene á la mano.

“Pero solo el general en gefe tiene los hilos de esta trama complicada, y puede juzgar no solo de la oportunidad del momento en que puede emprenderse una operacion sino tambien de la conveniencia que hay en combinar todos los movimientos para llegar á un resultado cierto sin comprometerlo para nada.

“He creido de mi deber prevenir á V. M. contra esas tendencias debidas á un sentimiento de zelo exagerado, y de egoismo local, y aun contra la timidez de las poblaciones que no dejan de enviar solicitudes y comisionados para obtener guarniciones.

“El ejemplo de Tulancingo, de Chapa de Mota y de algunas otras ciudades que se han armado por nuestros cuidados, que se han fortificado, y que se han organizado para la defensa, prueban que con buena voluntad y con energía las poblaciones deben bastar á la defensa de las ciudades de su territorio. Nada economizaré para desarrollar estos dos sentimientos y para inspirar confianza en sí mismos á los habitantes de los pueblos y de las haciendas. Les daré armas y les ayudaré á organizar su resistencia; pero no me será posible dejarles guarniciones.

“El papel de las columnas móviles es el de reemplazar estas guarniciones. Su efecto es mucho mas poderoso, la moral de la tropa no faltará estando siempre en razon directa de su efectivo, y jamás faltarán así la disciplina y el espíritu militar.”

BAZAINE.

El emperador aprobó la esposicion de este plan que era el fruto de la esperiencia adquirida, y al momento se enviaron columnas ligeras al país rebelde, que se estiende de Tulancingo, por la Huasteca, hasta las orillas del Pánuco, país montañoso é irregular, lleno de barrancas y precipicios abruptos y de picos escarpados, conocido con el nombre de la Sierra.

Entónces se pensó en reorganizar el ejército mexicano, compuesto en aquellos momentos de dos fuertes divisiones: la de Márquez que operaba en Michoacan, al Sur de México, y la del general Mejía, que se habia situado al Norte, en la ciudad de San Luis Potosí, que habia quitado audazmente al ejército liberal despues de un combate sangriento. Durante muchos meses, las comisiones permanentes continuaron la revision de los despachos militares. Esta medida era imperiosa si se atiende á lo numeroso de los estados mayores y de los cuadros de oficiales, tan ruinosos para el tesoro nacional. Esa revision levantó una tempestad y fué el gérmen de inevitables defecciones, porque muchos generales y coroneles se habian improvisado en sus grados y por autoridad propia, mandando gavillas reclutadas para robar en los caminos reales.

Entretanto la mitad del ejército francés se movia hácia el Norte. La órden habia emanado del cuartel general que deseaba con impaciencia afirmar la autoridad de Maximiliano, y emprender una campaña formal para arrojar hasta la frontera americana á Juarez y á su gobierno, que se habian instalado en la capital de Nuevo-Leon, á doscientas leguas casi de México. Aunque perseguido y vencido siempre, el presidente de la República mexicana permanecia firme y resuelto á no perder su carácter legal.

Por premio de sus servicios, ciertos gefes de nuestro ejército se vieron calumniados cerca del soberano, y los ministros, celosos de nuestra justa influencia, se hacian en las

altas regiones los intérpretes de las malas pasiones de muchos gefes políticos hostiles, que habian tenido cuidado de hacerse nombrar en las provincias para procurarse ventajas en el futuro. En el mes de Octubre de 1864 las delaciones se hicieron mas acres, y se dirigieron á la emperatriz Carlota, cuyo carácter ardiente era mas fácil de impresionar. Habiéndolo sabido el general en gefe, no vaciló en dirigirse á la misma emperatriz, y le denunció lealmente esas intrigas de los altos funcionarios, tanto por ser perjudiciales á los intereses de la corona, como á nuestra propia dignidad.

Hé aquí la nota:

México, 24 de Setiembre de 1864.

A S. M. la Emperatriz.

“Señora:

“El general en gefe repite á S. M. las quejas que ya otras veces ha tenido que espresar contra los informes exagerados, por no decir falsos, rendidos por los altos funcionarios de la administracion.

“Los comandantes militares no obran sino bajo la direccion del general en gefe. Las medidas escepcionales, las multas impuestas á las poblaciones y á los individuos, han sido aplicadas por órden del cuartel general y con un objeto que este no puede desaprobado.

“Esta agitacion, mantenida por un espíritu de partido, se ha sancionado por acontecimientos sensibles bajo todos aspectos, y cuya responsabilidad no puede atribuirse sino á los agentes cuya debilidad é incapacidad pueden señalarse sin ser muy severos.

“Los últimos hechos acaecidos en San Angel, en el centro de cuya ciudad los bandidos han ido á capturar armas y municiones encerradas en una casa abandonada, prueban su-

1020002774

perabundantemente que la autoridad civil no vigila, adormecida en una deplorable confianza, si no es que en una culpable complicidad.

“Las mismas poblaciones, cuyo celo y adhesión ha sido exaltado por algunos funcionarios, se resfrían á la hora de obrar, y esto depende ciertamente de la falta de energía é iniciativa, de parte de los que, por su posición, debían comprometerlas ú obligarlas con su ejemplo á la resistencia.

“Las últimas noticias que he recibido de Zacualtipán, me pintan á esta ciudad abandonada por sus habitantes, los cuales andan fugitivos en compañía de las gavillas que huyen de un puñado de nuestros soldados.

“Este estado de cosas es deplorable, y nunca insistiré lo bastante á V. M., que se dirija una circular profusamente publicada, á fin de que todos permanezcan en sus hogares decididos á defenderlos. . . .

“Con el mas profundo respeto, señora, etc.

BAZAINE.”

Con documentos se probó que nuestros comandantes militares habían obrado en todas partes en virtud de órdenes regularmente ejecutadas, y que debía aprobarse su conducta. Desgraciadamente la fidelidad de las autoridades imperiales no estaba á la altura de la rectitud de los oficiales franceses.

Maximiliano permanecía indiferente ante estos síntomas fatales. Había llegado de Miramar trayendo un buen surtido de leyes forjadas con anticipación, que denominaba sus estatutos, imbuido de ideas preconcebidas, trabajando sin descanso sobre el papel, promulgando excelentes decretos, que se convertían en letra muerta entre las manos de sus ministros, reuniendo y presidiendo numerosas comisiones francesas, cuyos esfuerzos estaban condenados desde el principio á la esterilidad por falta de una dirección única y vi-

gorosa. Porque el emperador, que no estaba armado para la lucha con una energía sostenida, veía todas las cuestiones bajo el punto de vista teórico, sin vigilar tenazmente de la ejecución. Olvidaba el temperamento y los hábitos de sus súbditos, y solo tenía presente el carácter de los funcionarios europeos. No se apercebía de que á la vez tenía que ser la cabeza y el brazo de la nación. Y sin embargo, no le habían faltado ni consejos ni representaciones.

El emperador no había comprendido que la raza india no estaba llamada á formar la mejor levadura de la regeneración de su pueblo, sino bajo la condición de quedar libre de la servidumbre, convirtiéndose á la vez en propietaria de una parte del suelo abandonado por la inercia del Estado. Sin embargo, el trono contaba con un valiente campeón, el general Mejía, indio como el mismo Juárez, y como el célebre Porfirio Díaz, el futuro defensor de Oaxaca. ¿No debían estas individualidades fijar la atención de la corona? Sin embargo, el cuartel general se vió obligado á exitar la severidad del emperador sobre las persecuciones que sufrían algunos miembros de esta interesante casta, de parte de las autoridades mexicanas.

“México, 16 de Noviembre de 1864.

Señor:

“Ayer he recibido á un cierto Manuel Medel, sub-prefecto y comandante militar de Tepeji de la Seda, que acaba de ser destituido por el Sr. Pardo, prefecto político del departamento de Puebla. Yo no conocía á Manuel Medel, sino por la reputación de honradez y de energía que ha sabido adquirirse en el país. Su Excelencia el mariscal Forey creyó deber nombrar á Manuel Medel caballero de la Legión de Honor, por la vigorosa resistencia que opuso á los juaristas. Medel es un indio legítimo, de tipo enérgico, aunque

sin embargo, tiene las maneras tímidas de esta raza. Ha hecho protestas de adhesión al imperio, de sus buenas intenciones, y ha invocado su pasado en favor de sus principios.

“Yo no sé qué motivos haya podido tener el Sr. Pardo para destituirlo, y lo dirijo á V. M., á fin de que, escuchando á un servidor, el único indio de la clase civil que haya obtenido la insignia de la Legion de Honor, pueda convencerse de la verdad y apreciar los hechos bajo su verdadero aspecto. . . .

BAZAINE.”

Este acto, cometido en nombre del emperador, habia enfriado muchas adhesiones.

La hacienda debia ser una cuestion de vida ó de muerte para el imperio naciente. Desde el dia en que pisó el suelo mexicano, Maximiliano debió considerar á sangre fria y bajo todos sus aspectos, el mónstruo que debia devorarlo. Pero habia tenido muchas ilusiones sobre lo fecundo de los recursos financieros de su país adoptivo, y sobre los productos de su minería. Habia creído que al aparecer la bandera francesa en las ciudades lejanas del centro, se restableceria la circulacion de sus fuerzas vitales; y desde lo alto de su castillo de Chapultepec, adonde iba prematuramente á enterrar gruesas sumas para restaurar el palacio y construir el camino destinado á unirlo con la capital, no notaba al Sur y al Norte que les faltaba á sus tropas el sueldo, por lo cual intentarían amotinarse frente al enemigo.

Seis meses habian corrido desde la inauguracion de su reinado, cuando recibió el emperador una nota francesa, fechada á fines de Noviembre de 1864, en la que se le anunciaban algunos retardos muy perjudiciales á los intereses de su imperio. Por indicacion suya se habia pedido y enviado de Francia un cuadro de empleados de hacienda. De resultas de una conferencia, á la cual habia convocado Maximiliano

á su ministro de la Guerra, al secretario de Hacienda y al mariscal Bazaine, á fin de tomar las medidas necesarias, este personal se habia repartido por el país. Apenas habia llegado á México, cuando nuestro cuartel general habia enviado á estos agentes á sus respectivos destinos, adonde iban á cumplir una mision de registro y vigilancia, al mismo tiempo circulaba en los departamentos una circular dirigida á los gefes militares, en la cual se les prevenia que apoyasen y secundasen á dichos empleados. Por su parte, el ministro de Hacienda habia prometido formalmente enviar sin demora instrucciones análogas á los directores de la hacienda pública de las provincias sometidas. Llegados á su destino, los funcionarios franceses fueron cortesmente despedidos por los administradores locales: es que no se habia tomado disposicion alguna, como lo prueba la siguiente carta del mariscal al emperador:

México, 30 de Setiembre de 1864.

Señor:

“Habiéndome autorizado V. M. en la conferencia que tuvo el honor de concederme, á reunir al ministro de la Guerra y al sub-secretario de Hacienda, para convenir en las instrucciones que debian darse á los comandantes superiores y á los agentes del gobierno mexicano, á propósito del envío á los puertos y á las principales ciudades del interior, de los agentes del ramo de Hacienda que se encontraban en México, tomé mis disposiciones inmediatamente, dirigí mis instrucciones y mis circulares, é hice partir á dichos agentes para sus respectivos destinos.

“Hice saber al señor sub-secretario de Hacienda, que los empleados franceses habian partido. Le envié copia de las instrucciones dadas á estos empleados y á los comandantes superiores designados para secundarlos en su mision, é insistí á fin de que, por su parte, el señor sub-secretario de

Estado enviase igualmente instrucciones conformes á las mias, á los directores de la *hacienda* pública, en los diversos departamentos del imperio.

“Se me contestó que este negocio estaba en estudio, y que ninguna resolucian se habia tomado aún.

“Temo que los agentes del servicio hacendario francés, se encuentren en una situacion falsa, y que por falta de un reglamento y por no ir provistos de una comision en regla, les sea imposible cumplir la mision de registro y vigilancia que se les ha encomendado.

“Tengo el honor de someter esta observacion á la alta apreciacion de V. M., y de señalarle esa demora que sin duda será perjudicial á los intereses hacendarios del país.

BAZAINE.”

Así era como se paralizaban las medidas mas sábias, por la indolencia de los consejeros del trono. Se perdía un tiempo precioso mientras que las órdenes del emperador, tan mal secundado, se estancaban en las carteras ministeriales. Continuaban las dilapidaciones en las aduanas, y los impuestos no ingresaban á las cajas públicas. Maximiliano habria obtenido mas, asegurándose por sus propios ojos de la ejecucion de sus voluntades. ¿No podia dirigirse personalmente á los puntos mas importantes adonde estaban los obstáculos que diariamente le designaban nuestras relaciones militares? La presencia de un soberano siempre es elocuente y calienta el sentimiento de las masas. Por qué sistema, si no, Alejandro conquistó la Asia en tres años, imprimiendo á todo el país un carácter que no ha perdido desde aquella era grandiosa? Pero dominaba el sistema alemán con toda su indolencia. Sin embargo, para ser justos, es preciso confesar que el clima mexicano habia afectado el organismo del emperador, y bajo aquella latitud, el físico obra fatalmente sobre la moral.

En los departamentos, los prefectos políticos, escojidos en en el seno del partido nacional, neutralizaban los esfuerzos de nuestras columnas móviles. Además de estas perjudiciales influencias, contra las cuales Maximiliano solo podia luchar con flojedad, mal aconsejado por las inspiraciones de su cortejo, el ministerio, arrastrado por M. Eloin, belga de nacimiento, adjunto al servicio de la emperatriz Carlota, y cuya influencia ha sido desastrosa para el reino, daba diariamente nuevas pruebas de su mala voluntad hácia todo lo que afectaba á los intereses franceses.

Apesar de las repetidas instancias del marqués de Montholon, la comision formada en México para discutir y apreciar los derechos de los franceses que presentaban sus reclamaciones, se veia sin cesar enervada por incidentes calculados. Sin la presion ejercida sobre él por sus propios consejeros Maximiliano habria cumplido sin duda sus compromisos; pero, en el mismo Paris, la resistencia era alentada por el Sr. Hidalgo, cuyas recriminaciones tenian cierta influencia en la corte de las Tullerías, gracias á una augusta mediacion.

Es preciso decir tambien, que las exigencias francesas parecian con razon exageradas á Maximiliano, y poco fundadas en parte, es decir, en lo relativo á la cantidad respectiva á los bonos usurarios del suizo Jecker, naturalizado francés despues del principio de la intervencion.

Hacia cinco meses que existia un punto en litigio. Nuestro ministro en México reclamaba, sin obtenerlo, un interés en favor de los créditos sujetos á la revision. Si esta revision era equitativa, era justo compensar con un interés los retardos que se oponian al arreglo definitivo, y no podia permitirse que se tratara á nuestros compatriotas con menos aprecio, negándoles la tasa legal que disfrutaban los acreedores comunes del Estado. Hasta el dia 9 de Diciembre de 1864, Ramirez, ministro de Relaciones, escribió al marqués de Montholon, participándole que “su soberano aunque con-

vencido de que la justicia estaba de su parte, pero para evitar que se interrumpiese la armonía con el emperador de los franceses, daba por el paquete orden al Sr. Hidalgo, su ministro en Paris, de que participase que en lo sucesivo se reconocería un interés á los créditos sujetos á revision."

En la misma época llegaban al cuartel general las noticias de la pacificación de las provincias centrales, obtenida por nuestras tropas. La situación militar de los lugares cruzados por el ejército franco-mexicano, parecía excelente. Al Norte, el general de Castagny, á la cabeza de una división francesa; el general Mejía con su división mexicana, y la contraguerrilla francesa, avanzaban paralelamente sobre una extensión de 150 leguas, marchando de frente y arrojando al enemigo hasta la frontera de los Estados-Unidos. Por otro lado, el general Douay, de acuerdo con Márquez, había realizado de una manera brillante su plan de campaña ocupando hasta Colima, capital del Estado de su nombre, y el coronel de Pothier, persiguiendo al ejército de Arteaga, lo había hecho huir hasta el otro lado del Rio-Grande. Por todas partes caían en poder de los franceses el material de guerra y los cañones arrojados á las barrancas, y nuestra flota apoyaba con éxito estas operaciones, efectuando desembarcos en ambas costas del golfo y del Océano. Pero cuando las tropas mexicanas estaban solas, eran ya menos felices. El general Vicario, que ocupaba el camino del Sur al Pacífico, se vió obligado á batirse en retirada, aunque hacia veinte días le había prevenido el general en jefe que el movimiento del general Douay, que operaba á su derecha, debía arrojar infaliblemente sobre él una parte de las fuerzas enemigas. Para proteger la ciudad de Cuernavaca, descubierta por una derrota de los imperialistas, y con el objeto de reanimar aquel país desmoralizado, el mariscal Bazaine se apresuró á enviar una columna á los lugares mas comprometidos.

V.

Al principio del año de 1865, el comandante francés había cumplido plenamente la tarea que confió á su celo y á su actividad el emperador de México, desde su llegada, (29 de Mayo de 1864.) El país estaba tranquilo y la calma renacía. El ejército nacional estaba reorganizado bajo las bases que había proyectado cada uno de nuestros gefes, según la especialidad de su arma, después de estudiarlas y proponerlas. El territorio había sido dividido en nueve divisiones militares, con estados mayores constituidos y funcionando regularmente. Todos los documentos relativos habían sido depositados en las manos del emperador. Además, un registro del personal administrativo y político, concienzudamente establecido por los gefes de nuestras columnas, permitía tener datos ciertos acerca de los individuos llamados algun día á tener un papel en los diferentes ramos de servicio público. El 26 de Enero el emperador firmaba la ley orgánica del ejército, y dos meses después, dado ya el impulso por los oficiales franceses, se descargaba de su comisión á nuestro cuartel general por medio de una carta concebida en los términos mas simpáticos.